

que hace la probidad, creando á fuerza de virtud y de valor un gobierno y un pueblo.

Esta es una de las páginas mas benéficas y bellas de la historia moderna. La política cambia en ellas de carácter, y en vez de ser el arte de engañar á los hombres, es el de hacerlos felices.

## LECCION IV.

### WASHINGTON Y LA CONFEDERACION.

#### SEÑORES:

La materia de esta leccion será la historia del gobierno de la revolucion, es decir, del Congreso de 1776 á 1781. Durante ese intervalo se redactaron los artículos de la confederacion, que fueron la carta de la América desde 1781 hasta 1787.

Desde el principio de la revolucion se pensó en la reunion de las trece colonias en una confederacion. Franklin habia presentado en 1775 un proyecto que se encuentra refundido en el de 1781. En 1776, pocos dias ántes de la declaracion de la independencía, se presentó un segundo proyecto muy semejante al de Franklin, y comenzó á discutirse. Esta discusion era á puerta cerrada; así es que pocos datos tenemos de lo que pasó en el seno de la Cámara; sin embargo, algo nos han trasmitido los papeles de Madison.

Desde el primer dia se suscitó la grave cuestion previa que importaba resolver: ¿iba á crearse una confederacion ó una Union? En otros términos, ¿las trece colonias formarían un solo pueblo, ó habia trece Estados con su soberanía respectiva y sus intereses separados? En esta discusion vemos á Adams y á Franklin sostener con sobrada razon la necesidad de que la América forme un solo pueblo, y que esas distinciones de Estados meramente artificiales, desaparezcan con la revolucion; no porque se necesite destruir la libertad administrativa de los Estados, ni sus libertades interiores, sino porque sobre las soberanías locales era menester colocar la soberanía del Congreso. Los Estados del Sur (ved cómo surge ya la cuestion de esclavitud) son los mas ar-

dientes defensores de su independencia, no quieren Union que debilite su *autonomía*.

La lucha comenzó desde los primeros días, respecto á saber cómo se verificaria la representacion en el Congreso: ¿habria representacion por Estados, ó segun la poblacion? Esta cuestion dividió á toda la América hasta el último momento. La Constitucion federal no ha zanjado la dificultad sino por medio de una combinacion hábil, que da á la Cámara de representantes un número de diputados proporcionado á la poblacion, miéntras que el Senado se compone de dos senadores nombrados por cada Estado, sin consideracion á la extension del territorio. En otros términos, la soberanía nacional se halla representada por la Cámara popular, y la de los Estados es protegida por la organizacion del Senado.

Franklin insistió mucho en aquel debate por que la representacion fuese proporcionada á la poblacion. «No teneis nada que temer, decia á los Estados pequeños: es un error creer que un grande Estado pueda tener otros intereses que el resto de la nacion. Uniones de esta clase se han producido siempre bienes á los pueblos que las han aceptado. Durante la administracion de la reina Ana, agregaba, cuando se trató de la reunion de la Escocia y de la Irlanda, los escoceses se quejaban de que querian arrebatárles su independencia. Era el caso de la ballena que iba á tragarse á Jonás: sin embargo, sucedió todo lo contrario; los escoceses se encuentran por todas partes empleados en la Gran Bretaña, y se distinguen por su actividad; léjos de que Jonás fuese tragado por la ballena, ha pasado todo lo contrario, Jonás, es decir, la Inglaterra, es la que se ha tragado la ballena.»

¿De dónde proviene el éxito de los escoceses, que son en cierto modo los gascones de la Gran Bretaña? Un escocés queria explicárselo á una dama inglesa y le decia: Señora, esto nace de que en nuestro país hemos tomado una hábil precaucion, estableciendo aduana fronteriza, y solo dejamos pasar á la gente de ingenio: «Vamos, respondió la dama, que á pesar de toda la vigilancia de los guardas, se ve que algun contrabandista se desliza de tiempo en tiempo.»

La discusion que se verificó en el mes de Agosto de 1776, reveló al Congreso la existencia de divisiones interiores: así, para no chocar con dificultades, quizá insuperables, adoptaron el partido de aplazar los ar-

tículos de la confederacion.—Se dejó dormir la cuestion; solo en 1777 tomaron resoluciones serias; los artículos de la confederacion no se terminaron hasta el mes de Noviembre de 1778. Once Estados los aceptaron sin discusion: hubo dos, el Delaware y el de Maryland, que les rechazaron, á punto que fué preciso aguardar hasta el año de 1781 para la adopcion definitiva de esta carta de América.—Su texto es corto: se comprende perfectamente que en él se trata de una confederacion como muchas de las que habian existido ántes en el mundo: todo lo que en ella se estipulaba, era crear un poder diplomático que representase á la América en el exterior, sin preocuparse de organizar el gobierno interior.

El artículo primero declara que lo que se deseaba era celebrar un tratado de alianza para defender á la América contra todo ataque á la religion, á la independencia, ó á la soberanía de los Estados. Las colonias confederadas toman el nombre de Estados-Unidos de América. Pero desde el segundo artículo se declara que los Estados retenian su soberanía, y que todos los poderes no delegados á la asamblea federal, quedaban por este solo hecho reservados á los Estados.—Como lo decia Washington, el Congreso no tenia mas que una autoridad vana, una sombra sin cuerpo. Es cierto que los artículos de la confederacion declaraban que el Congreso tendria el poder financiero y el diplomático, que podria firmar tratados de comercio y hacerlos ejecutar; pero, como todo medio de ejecucion le estaba denegado, de hecho su autoridad se reducía solo á aconsejar.<sup>1</sup> —Así, al Congreso incumbía el derecho de declarar la guerra, con el concurso de nueve Estados.—Declarada esta, fijaba el número de tropas que deberian reunirse; pero cuando se trataba de hacer la recluta, su poder cesaba; entónces la asamblea se veía obligada á dirigirse á cada Estado particular, pidiéndole el contingente, é invitándole á organizar regimientos, á pagarlos, y á enviarlos al teatro de la guerra. Resultaba, pues, que el interes particular de los Estados prevalecia sobre el general; así es que cuando Arnold invadió la Virginia, la Carolina del Norte retuvo sus milicias, porque creía que la caridad bien entendida debe empezar por sí mismo.—Pasaba entónces en América, bajo el punto de vista militar, algo semejante á lo que tantas veces hemos visto en Francia, respecto á la circulacion de

<sup>1</sup> Story. *Constitution*, párrafo 246.

los granos. Desde que aparecía una penuria cualquiera, las poblaciones se apresuraban á impedir la salida de los trigos: el hambre general nacia de las precauciones que tomaban los particulares para conjurarla. De igual suerte la confederacion se vió en peligro, por las mismas precauciones de los Estados.

Igual impotencia existía respecto á los impuestos: el Congreso tenía derecho de acuñar moneda, pero no de disponer de un peso: podía emitir asignados; pero una vez emitidos, no estaba facultado para reembolsarlos: cosa que por otra parte no preocupaba á los Estados y les encaminaba á la bancarota.

En cuanto á la diplomacia, sucedía lo mismo: vemos al Congreso tratando con la Francia y con la Holanda; pero el día que se le antojaba á uno de los miembros de la confederacion no ejecutar el tratado, no había medio de obligarlo á ello. Los Estados conservaban derechos de aduana, establecían tarifas para el interior; reinaba la mas completa anarquía.

El peligro no apareció inmediatamente: en los primeros momentos de una revolucion, el entusiasmo universal hace creer que las leyes son inútiles; pero hay siempre un período en las negociaciones humanas, en el cual el fuego se debilita, y entónces la administracion y el gobierno son obras serias que no pueden durar, si carecen de recursos y del poder que falta á la confederacion.

Otro efecto de esa impotencia fué, que el Congreso mismo perdió la mayor parte de sus miembros. Los que pertenecían al ejército, como Washington, habían marchado á batirse: los otros, y no los menos distinguidos, estaban ocupados en sus Estados respectivos.

Cada Estado se daba su Constitucion, organizaba su gobierno: parecían mucho mas agradable y útil ser gobernador de su país, que delegado al Congreso federal. Así fué como Jefferson llegó á ser gobernador de la Virginia y reformador de toda su legislacion. El Congreso, á fines del año 1777, y principios del 78, se hallaba reducido á veintidos miembros. No tenía la menor influencia: Washington solo representaba el gobierno americano; era el jefe y organizador del ejército; tenía en sus manos todo el poder militar; por sus cartas vemos que se hallaba ocupado constantemente en negociaciones con los trece Estados, pidiendo á cada lugar los auxilios de que necesitaba.

Tal situacion traía inquietos á los amigos de la patria, y en particular á uno, cuyo nombre vamos á encontrar á menudo en nuestros estudios, Alejandro Hamilton.

No quiero hacer hoy su biografía; pero era uno de esos políticos que desde el primer día conocen el mal y su remedio. Las opiniones de Hamilton son doblemente interesantes, porque no solo fué el amigo, sino el inspirador de Washington. Nada hay para mí tan importante en la historia como la amistad de esos dos individuos: del lado de Washington están, la edad, el juicio, la posicion: por parte de Hamilton, un carácter mas vivo y ardiente; va al fondo de las cosas, pero le falta la autoridad. Ambos amigos se completaban.—Casi siempre, el que primero apercibe el partido que deberá tomarse, es Hamilton, comunica su idea al general; este, con la solidez un tanto pesada de su carácter, principia por alarmarse de lo que Hamilton le comunica: lo primero que le arredra es la dificultad que ofrece la realizacion del pensamiento de su amigo.—Pero seis meses mas tarde, vemos al general volviendo sobre sí despues de largas meditaciones, y aceptando lo que pensaba Hamilton: entónces Washington despliega toda su grandeza.—Una vez posesionado de la verdad, este hombre se muestra por completo, es decir, manifestando una de las voluntades mas firmes que ha presenciado el mundo, una inquebrantable resolucion.—Una vez resuelto, despues de madurar largamente las cosas, despues de un exámen prolongado y sincero, siente que ante Dios y su conciencia no falta mas que obrar. Cualquiera que sea el porvenir que le esté deparado, sale á su encuentro. Esta es la parte mas interesante del estudio comparativo de estos personajes, estudio que nadie ha hecho hasta hoy: el uno es la idea, miéntras que el otro es el alma y el brazo de la misma.

En una carta dirigida á George Clinton con fecha 13 de Febrero de 1778, vemos la inquietud de Hamilton por el abandono en que se halla el Congreso; se queja al ver fuera de su seno á los hombres de mayor importancia, y lamenta la extraña situacion del país para abrir negociaciones en Europa. La nacion se desalienta, la guerra no avanza, el extranjero no sabe dónde está ese gobierno americano que Franklin representa exclusivamente en Francia; la América se pierde á causa de sus divisiones domésticas. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Ticknor Curtis, *History of the Constitution*, tomo I, página 128.

Algun tiempo despues, á fines de 1778, en los momentos en que se votaban los artículos de la confederacion, encontramos el eco de esta carta de Hamilton en una bellissima página de Washington á Benjamin Harrison, presidente de la Cámara de Virginia, el padre del general Harrison, electo presidente de los Estados-Unidos en 1841, y que por haber muerto al mes de su encargo, fué reemplazado por John Tyler.

Os leeré hoy una de las cartas de Washington: prefiero leerlas á analizarlas, porque á mi ver no hay cosa mas bella que la elocuencia de este grande hombre, que no es por cierto un escritor de profesion; pero su elocuencia encierra tal fondo de buen sentido, de patriotismo y de virtud, que ningun tiempo podria emplearse mas ventajosamente que el que se pasara en leer sus escritos. Tambien á él como á Hamilton preocupaba vivamente lo que ocurría. La division de las fuerzas americanas le habia inspirado frecuentemente la justísima comparacion de que cada cual parecia ocuparse de componer las ruedas pequeñas de un relox, miéntras nadie pensaba en la grande, en el motor supremo de la máquina.

En el entretanto, el ejército sufría, era necesario dinero y no lo habia; cada Estado organizaba sus tropas á su modo, y algunas provincias, como la de Massachusetts, hacian sacrificios enormes; otras nada daban y abandonaban sus soldados á las mayores penurias.—Washington se quejaba siempre de su debilidad. Para resistir al ejército inglés que contaba veinticuatro mil hombres, tenia solo de seis á siete mil soldados ó milicianos, mal alimentados y peor vestidos; la guerra se reducía á verdaderas escaramuzas de descubiertas. Su táctica era evitar el combate, puesto que no podía aceptarlo con recursos tan débiles. Hé aquí la carta en que Washington se queja de la indiferencia que condenaba al ejército á perecer.

A BENJAMIN HARRISON,

PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE REPRESENTANTES DE VIRGINIA.

*Cuartel general, Middlebrook, 18 de Diciembre de 1778.*

«Querido señor: Tened la bondad de presentar á la Cámara la carta adjunta cuando tengais una ocasion favorable; estoy agradecido del testimonio que me ha dado esa asamblea de sus buenos recuerdos. Po-

seer la estimacion de mis conciudadanos es mi mayor felicidad, mi mejor consuelo en medio de las dificultades de mi situacion.

«No puedo asignar mas que dos razones á la persistencia con que nuestros enemigos se empeñan en permanecer entre nosotros. La primera es que esperan la decision del Parlamento, y la segunda que piensan aprovecharse de nuestros sufrimientos, con los que cuentan tambien los comisarios enviados á tratar con nosotros. Solo el cielo puede saber los males que producirá la emision tan numerosa como frecuente de papel moneda, que puede ocasionar la relajacion de las virtudes públicas.

«Este pensamiento me asusta, y sin embargo, nunca me ha parecido que necesite mas la América de la cordura y patriotismo de sus hijos; y si esto es motivo de afliccion general, por lo que á mi toca, estoy viva y dolorosamente preocupado al ver que los Estados se ocupan mas de sus intereses locales y que los hombres mas capaces se han retirado del Congreso con gran detrimento del bien público.

«Puede compararse nuestro sistema político al mecanismo de un relox, y de esto deberiamos deducir una útil enseñanza. ¿De qué sirve mantener en buen estado las piezas pequeñas si se descuida la rueda principal, que es el punto de apoyo y el primer motor de toda la máquina?

«No me toca decir hasta qué punto se ha llevado esta negligencia; pero como no puede haber mal alguno en formular un voto por el bien de la patria, voy á indicároslo. Cada Estado debiera elegir, no solo á los hombres mas capaces, sino obligarlos á venir al Congreso, recomendándoles que buscasen con cuidado las causas de tanto como ha sufrido el ejército y el país; en una palabra, que reformasen los abusos públicos. Si esto no se verifica, sin necesidad de ser profeta, puede predecirse lo que espera al régimen actual y anunciarse que todo el trabajo que se toman los Estados redactando sus constituciones particulares, haciendo sus leyes y confiando los empleos á sus mas hábiles ciudadanos, no producirá gran resultado. Si el todo va mal, los detalles serán arrastrados por el naufragio general; tendremos el remordimiento de haberlo perdido por nuestra locura y por nuestra negligencia, y tal vez al deseo de vivir tranquilos, esperando el éxito de la

revolucion, cuando ese éxito debería ser la obra de los hombres mas capaces y mas virtuosos de la América.

«Es necesario, pues, querido señor, obligar á los Estados, encerrados hoy en su esfera, á que no tengan ideas tan inexactas del peligro presente. Muchas personas alejadas del teatro de accion, no ven ni escuchan mas que los escritos que halagan sus deseos: piensan que la lucha toca á su fin y que no queda otra cosa que arreglar el gobierno de su Estado; es de desear que un triste reves no venga á sorprendernos como un rayo. No señalo ningun Estado en particular, no quiero herir á nadie. El público cree (y si lo cree el hecho pudiera ser verdadero), que los Estados están mal representados en el Congreso, y que los intereses mas grandes é importantes de la nacion, están mal defendidos, sea por falta de habilidad, sea por falta de constancia entre los miembros del Congreso, ó sea á causa de las disidencias y pasiones políticas, entre algunos de sus individuos. Tal estado de cosas es deplorabile, porque estamos muy avanzados en la lucha y segun la opinion de muchas gentes, está próximo un desenlace feliz. La Europa tiene fija la vista sobre nosotros y estoy convencido de que mas de un espía político, se ocupa en vigilarnos para descubrir nuestra situacion é informar de nuestra debilidad.»

Harto justificadas eran las inquietudes del patriota que trazaba esas líneas; en efecto, el año de 1779 y el de 1780, pasaron para el ejército americano en medio de sufrimientos inauditos. A principios de 1779, se tenia casi por cierto el apoyo de la Francia, pareciendo entonces que desde el momento que esta gran monarquía se iba á declarar en favor de la América, no habia nada que hacer; no obstante, los auxilios enviados al ejército estaban léjos de satisfacer sus necesidades. Desde 1779, por ejemplo, las tropas habian pasado hasta dos dias sin tener que comer, y las del Connecticut se amotinaron por falta de vestidos, de calzados y de víveres. Al mismo tiempo, la depreciacion del papel moneda hacia rápidos progresos. En 1777 por cien francos de plata se obtenian quinientos en papel; en 1780, cuatro mil por igual suma. He hallado la cuenta de un miembro del congreso, Elbridge Gerry, que sirvió cuatro años en esa asamblea, á quien adeudándosele cuarenta mil libras esterlinas (un millon de francos en papel), le fueron liquidadas por veintidos mil francos en plata.

Si esto causaba sufrimientos á los particulares, para los desgraciados soldados significaba miseria y muerte por hambre; las provisiones llegaban raramente y era preciso vivir de requisiciones, ó lo que es lo mismo, de vejaciones sin medida á los habitantes, ó tolerar al ejército el pillaje. Grande era en el ejército la indignacion que producía tan terrible estado de cosas. Washington en particular sufría como nadie. No apoderarse de víveres que probablemente nunca pagaría el gobierno, era condenar al ejército á morir de inanicion; tomarlos donde se encontrasen, equivalía á arruinar á los ciudadanos. Lo poco que se obtenía era debido á las súplicas de Washington; los negociantes de Boston y otros particulares hacían suscripciones considerables y salvaban de esta manera el honor y la libertad.

La guerra se sostenía, pues, mas bien con el auxilio que le prestaban los particulares, que con el que le facilitaba el gobierno de los Estados; estos eran ménos entusiastas que los particulares, y el Congreso ménos aún que aquellos. Todos aguardaban una catástrofe; en semejante situacion no solo era la grande alma de Washington la que sufría de estas congojas. Hamilton y Madison exclamaban: «No existe «ejército: se halla desesperado, no hay que contar con él: ya no se «encuentra ni ardor patriótico, ni disciplina; los habitantes desprecian «al Congreso; los soldados no quieren oír razon, y la miseria y la des- «esperacion son universales.»<sup>1</sup> En estos momentos llega el ejército frances, el 10 de Julio de 1780.

La posicion de Washington era tal, que la llegada del ejército frances lo ponía en el aprieto de no saber si habria bastantes tropas en estado de formar al lado de los auxiliares, que no eran muchos por cierto. Nuestro cuerpo de ejército solo contaba seis mil plazas. El americano podia tener de diez y seis á diez y siete mil hombres mal armados.

Aumentaba el embarazo de semejante situacion, la circunstancia de que la caballeria de Luis XVI habia dispuesto que este ejército seria considerado auxiliar, y cedería la derecha al americano, quedando todo él bajo las órdenes de Washington. El gefe frances era el general Rochambeau. La oficialidad se componía de personas de las primeras familias, de los Segur, de los Noailles, de los Chastellux, de los Lauzun, que se encontraban en frente de soldados que por todo unifor-

<sup>1</sup> Madison, *Papers*, tomo I, página 43.